ADRIENNE RICH,
Sobre secretos, mentiras y silencios,
Icaria, Barcelona, 1983 (col. Antrazyt).

Adrienne Rich ya nos tiene habituadas/os al difícil y doloroso ejercicio de acceder al conocimiento apoyándose como plataforma en las propias vivencias. Con esta base, nos acerca a las circunstancias personales y sociales que rodearon a un número de mujeres —comprometidas como ella con la literatura—, con lo que nos posibilita contemplar sus obras desde una perspectiva distinta.

Al mismo tiempo —sospechamos que con toda la intención—, lleva a la lectora a la reflexión sobre aquellas cuestiones que forman parte del núcleo de su existencia, y ayuda al lector a comprender qué significa vivir en sociedad desde el otro sexo.

Generalmente a los libros se les exige que digan algo nuevo, como si el conocimiento fuera una carrera en la que el sujeto de conocimiento actuara a modo de asno tras la zanahoria, y la principal preocupación fuera acceder a zanahorias nuevas, en lugar de digerir antes las que hay en el estómago.

Nada de eso es lo que nos ofrece A. Rich, pues ella nos habla de lo ya sabido, aunque callado, distorsionado, o pronunciado en voz baja en el *apartheid* de los sexos.

El pretexto de sus reflexiones es fundamentalmente la mujer escritora, el compromiso con la palabra escrita y los obstáculos y dificultades que la mujer se ha visto obligada a salvar históricamente para expresarse y ser escuchada. Sin embargo, uno de los principales temas de fondo que plantea, podríamos decir que el fundamental, es la constatación de un contenido androcéntrico en el lenguaje y por tanto en el conocimiento y en la sociedad.

La mujer, el punto de vista de las personas que ocupan esa posición social —ser mujer junto con un sexo es una posición—, las vivencias y

experiencias de las mismas, son todavía una incógnita. En el reparto de atribuciones y espacios para uno u otro sexo, las mujeres han quedado en el lado oculto, innombrado. Por ello, en opinión de A. Rich, el proceso de nombrar es una tarea fundamental: «Para nosotras, el proceso de nombrar y definir no es un juego intelectual, sino una captación de nuestra experiencia y una llave para la acción.»

La producción de conocimiento ha estado y continúa estando en buena medida en manos de varones —definidos como tales en tanto que ocupantes de una cierta posición social—, que llevan a término la construcción formal de la sociedad como objeto de conocimiento y transformación.

De este modo se ha edificado la «razón androcéntrica» o el mal llamado conocimiento objetivo. La subjetividad masculina ha cobrado el estatuto de conocimiento objetivo. Y «la subjetividad masculina, al negar la validez de la experiencia de las mujeres, al pretender defender "lo humano", trata de forzarnos a nombrar nuestras verdades en un lenguaje alienado, y a diluirlas».

Desde esta perspectiva, el acercamiento de las mujeres a la cultura y la ciencia implica someterse a un proceso de alienación en cuya raíz se halla el androcentrismo social y por tanto científico. El androcentrismo no es otra cosa, en definitiva, que la expresión última y más refinada de un hecho: el poder y la hegemonía, hasta el momento, son territorios masculinos. La liberación de la mujer pasa consecuentemente por la construcción de un conocimiento no alienado, que lejos de separarnos de nuestra realidad nos permita acceder a un conocimiento consciente de la misma, para transformarla.

Podríamos concluir que la voz de Adrienne Rich se suma, cargada de significado, a la todavía poco familiar sinfonía de sonidos que nos invita a explorar esa cara oculta de la luna que es el conocimiento de nosotras/os, los(as?) seres humanos(as?), en tanto que personas.

María Jesús Izquierdo